

Una nueva guerra se ha iniciado en una democracia europea.

Desde que en el 2001 concluyeran las últimas guerras de la ex-Yugoeslavia, parecía que en Europa no iba a producirse ninguna guerra más, pero lamentablemente no es así. La crisis que azota a todos los países occidentales, no ha sido impedimento para que, desde hace dos semanas, destacamentos de grupos fuertemente armados, hayan perpetrado la invasión de un conocido barrio de una importante ciudad europea, y hayan impuesto su absurda lógica de terror y destrucción.

Hasta el momento no ha habido utilización de artillería pesada, ni se ha iniciado el lanzamiento de misiles, ni tampoco los bombarderos han volado el cielo del barrio invadido, ni han dejado caer su mortal carga destructiva de bombas, por lo que se supone que no se han producido pérdidas de vidas humanas. La agresión ha sido llevada a cabo por varios destacamentos que, día sí y día también, han hecho rápidas incursiones en dicho barrio, desplegando una cantidad tan importante de efectivos, que los grupos armados han tomado literalmente la zona, intimidando a los ciudadanos que no sabían lo que estaba pasando y atacando y derribando edificios en los que en su interior había población civil, destruyendo todo lo que encontraban a su paso, con los enseres y las pertenencias personales de lxs ocupantes que, o bien se encontraban trabajando, o bien tuvieron que salir urgentemente de las viviendas atemorizadas y bajo el shock del brutal pánico ante este sorpresivo ataque violento.

Insisto, no me estoy refiriendo a las guerras que están a miles de kilómetros, en Palestina, ni en Afganishtán, ni en Irak o Chechenia. No. Ahora la guerra la tenemos justo al lado de nuestras casas, junto a los parques en los que juegan nuestras hijas e hijos,





frente al kiosko en el que compramos el diario o a las paradas del autobús que utilizamos cada día para desplazarnos por la ciudad. Y mientras, los mass-media, pendientes del Club Bilderberg, hablando sobre la oportunidad de las reformas del gobierno, o de si “la roja” volverá a cobrar primas millonarias.

Parece que la crisis, no aplaca los impulsos beligerantes, sino que más bien los estimula, despertando el apetito voraz de los inquietos especuladores, promotores en la sombra de guerras, que han decidido iniciar una ofensiva en toda regla para la invasión del territorio de un conocido barrio de esa capital europea.

Sí, una guerra de baja intensidad que se está desarrollando ante nuestras narices, y en la que diversos grupos de fuerzas de asalto e intervención rápida, llevan unas dos semanas realizando rápidas incursiones en el interior del territorio y golpeando objetivos, destruyendo casas de población civil y replegándose inmediatamente hacia las posiciones de sus campamentos y territorios.

En estos momentos, parte de la población afectada que ha perdido sus casas y casi todas sus pertenencias, que han quedado enterradas bajo la destructora contundencia de los ataques, se desplazan con los pocos enseres que han podido recu-



perar, hacia otros barrios de la ciudad. Algunos vecinos y vecinas, han intentado organizarse por si se producen más incursiones violentas, formando una red de apoyo y vigilancia en el barrio, pero apenas cuentan con unos pocos medios para hacer frente a otra nueva agresión. Otros, además, han decidido reforzar puertas y ventanas desde el interior, para intentar evitar la entrada en sus casas.

El paisaje en la zona asaltada es desolador. Muchos ciudadanos a los que la fortuna ha sonreído y les ha librado de ser las casuales víctimas del ataque, no se explican lo que está pasando y se sienten impotentes, con temor y con una terrible inseguridad, pues se encuentran completamente desprotegidos, y aunque por la zona se pasean habitualmente algunos vehículos con personal armado, cuando se han producido los ataques, nunca han hecho acto de presencia para repeler la agresión. Más





bien parece que permiten las incursiones de los asaltantes y que colaboran para evitar que se conozca la situación, pues es una zona muy transitada por turistas, y para evitar que se difundan extraoficialmente los ataques, envían camiones y personal para que recojan rápidamente el material de las casas derribadas, de manera que parezca que allí no ha pasado nada, que están haciendo obras.

La zona destruida se encuentra completamente acordonada por vallas que aparentan una zona en construcción abandonada, pero una de las partes atacadas es tan grande y se encuentra tan próxima a una de las calles principales, que es imposible conseguir que pase desapercibida.

Entre las callejuelas interiores del barrio, más pequeñas, hay varias casas que han sido completamente destruidas y que no son fácilmente visibles, pero si uno se adentra, aún se pueden ver algunos de los pocos efectos personales entre los materiales de derribo, que no han podido ser recogidos por sus ocupantes, ni por los servicios de limpieza que, como un nuevo ejército más de retaguardia, son los únicos que están permanentemente desplegados por la zona.

Por las pequeñas calles, apenas se ve pasar a nadie, es como si las personas se las hubiesen llevado junto con los restos de los escombros de las casas derribadas. De tanto en tanto, se puede descubrir a alguien que vigila la calle tras los visillos de una ventana o alguna persona que, furtivamente, se acerca a los contenedores de basuras, a dejar restos de cristales rotos de la última batida.

Hasta el momento, apenas se ha desplazado a la zona algún medio informativo y las pocas imágenes que nos han permitido realizar y que acompañan esta crónica, sólo recogen gráficamente la destrucción material de las casas y el impacto urbanístico que el conflicto ha generado en la zona.



Ante la sorprendente ausencia informativa, se tiene la sensación de que esta guerra, no va a ser televisada, sino que más bien será otra guerra más de las olvidadas, otra de las desconocidas, como las que se desarrollan en otros muchos barrios de tantas otras ciudades de capitales europeas.

Es una guerra que no levantará acuerdos unánimes de los organismos internacionales, ni de los países que suscriben los artificiosos tratados de paz que no sirven para nada. No habrán manifestaciones ciudadanas multitudinarias, ni los políticos reclamarán la constitución de ningún gabinete de crisis, ni la prohibición de ventas de armas.

Tampoco se abrirán cuentas solidarias, ni se harán proclamas incendiarias contra el terrorismo internacional, ni la violencia premeditada, ni se enviarán camiones con ayuda humanitaria.

Sí, esta guerra no llegará hasta tu casa a través de los televisores que tienen TDT, ni la encontrarás con las antenas parabólicas. Esta guerra sólo se puede ver cuando se vive en el barrio asaltado, cuando se vive en la casa atacada, cuando se contempla como te derriban la casa con sus pesadas máquinas de destrucción cotidiana.

Sí, esta guerra está pasando en las calles que recorres cada mañana cuando te diriges a trabajar en la precariedad que nos atenaza, o cuando te desplazas a encontrar un trabajo que no te van a dar porque ya no es el trabajo lo que cotiza en bolsa, sino la industria del terror y de la destrucción planificada. Destruirlo todo para traer desolación y crear nuevas urbanizaciones, ciudades fantasmas, vacías y muertas.

Sí, esta guerra la tienes frente a tus propias narices. En la ciudad de Barcelona, en barrios como el de Vallcarca...





Abre los ojos, quizás ahora veas la herida que han abierto en la tierra. Todo lo que han destruído.

Sí, mantén los ojos bien abiertos, quizás sólo así, veas a los grupos de las personas desplazadas buscando otro lugar para el alojamiento.

Sí, en Barcelona hay una guerra a fuego lento y silenciada, en la que se destruyen las casas okupadas.

Sí, aquí mismo, en la ciudad de las grandes exposiciones universales, de los edificios de Gaudí, del edificio de las Aguas, del museo Picasso y la fundación Tapies.

Sí, la ciudad de la cultura del terror de la especulación y la normativa cívica. La del FC Barcelona, el Corte Inglés y las fuentes de colores.

Sí, detrás de todo ese espectáculo, está la guerra cotidiana, la de los desalojos de okupas, la de las persecuciones del top manta, la que encierra a personas migrantes en unos centros de concentración herméticos en los que ni se ve, ni se escucha nada.

Sí, en este gran supermercado de ciudad, se hacen ofertas que imponen los nuevos modelos de muerte cotidiana.

